

**ACTAS DEL CONGRESO:
ÁMBITOS TECNOLÓGICOS, ÁMBITOS DE PODER.
LA TRANSICIÓN BRONCE FINAL-HIERRO EN LA PENÍNSULA IBÉRICA
(Madrid, 18 Marzo de 2004)
Dirección Científica: Alicia Perea.**

Noroeste y Suroeste: dos ámbitos para el tránsito

EDUARDO GALÁN

Área de Conservación. Patrimonio Nacional. Palacio Real de Madrid. C/ Bailén s/nº. 28071 Madrid

Introducción

El planteamiento de este seminario y el proyecto en el que se incluye nos lleva lógicamente a centrar nuestros esfuerzos en el campo de las producciones metálicas. Sin embargo ninguna visión panorámica estaría completa si no hiciese referencia a otras realidades del registro arqueológico como el poblamiento, el mundo funerario o las representaciones iconográficas.

Noroeste y Suroeste forman parte, durante la Edad del Bronce, de un mismo conjunto cultural y arqueológico, pero a la vez son realidades diferenciadas durante buena parte de ese largo período. Es más, puede afirmarse que ambas regiones a menudo vivieron de espaldas la una a la otra. La mera tipología de los objetos no siempre es indicativa de esta situación, y si en términos generales puede hablarse de un bronce atlántico "ibérico", al menos durante el Bronce Final a partir de ciertas producciones características, como las hachas de talón y doble anillo, no es menos cierto que el simple carteo de los hallazgos impide hablar de una homogeneidad siquiera aparente.

Naturalmente hay elementos comunes, aparte de su adscripción al complejo atlántico en sentido global, como las dificultades para dar coherencia a un registro funerario disforme y a menudo opaco. En otros aspectos como el del poblamiento, la tardía sedentarización de buena parte de la región sobre todo por contraste con el ámbito mediterráneo y especialmente el Sureste peninsular, marca otro elemento de conexión.

Finalmente hay que hacer referencia a patrones iconográficos, que se asume pueden corresponder a una evolución de representaciones ancladas en el mundo megalítico, y que en el caso de los petroglifos encuentran su escenario amplio en toda la fachada atlántica europea (Bradley 2000). Su evolución en forma de ídolos, estatuas o estelas llenará buena parte del ámbito cronológico de la Edad del Bronce Peninsular.

En cualquier caso nos encontramos con un ámbito de estudio en el que las investigaciones no se han detenido desde las síntesis clásicas sobre las producciones metálicas y sus relaciones con el resto del mundo atlántico (Monteagudo 1977, Ruiz-Gálvez 1984, Coffyn 1985) a los grandes proyectos de investigación centrados en el análisis arqueo-metalúrgico, sin descuidar la publicación constante de nuevos hallazgos e interpretaciones. Además, si hace apenas 20 años prácticamente nada sabíamos de cierto sobre el poblamiento de la región o sus costumbres funerarias, la situación ha

experimentado un notable avance, bien que haya que manifestar que ante todo gracias a la labor de nuestros colegas portugueses (sirva como ejemplo el trabajo de Vilaça 1995), mientras las excavaciones planificadas relacionadas con este momento en España resultan aún casi inexistentes, no obstante interesantes y meritorias síntesis regionales publicadas en los últimos años como las referentes a la Extremadura española de Martín Bravo (1999) y Pavón (1998)

1. Las diferencias durante la Edad del Bronce.

En líneas generales puede afirmarse que las manifestaciones metalúrgicas de tipología atlántica en la Península Ibérica, en los momentos inmediatamente anteriores al Bronce Final o ya en los inicios de éste, se concentran exclusivamente en el Noroeste. Tipos claros como las espadas de roblones, determinados tipos de hachas planas y los primeros modelos de hachas de talón reclaman paralelos atlánticos, bien centrados en la zona bretona o en la irlandesa. Lo mismo puede decirse de lo más significativo de la orfebrería de este período, como las lúnulas o las gargantillas de tiras. Naturalmente hay ejemplos de estos materiales fuera del ámbito noroccidental, pero se trata en general de ejemplos aislados, cuya relevancia radica más en su rareza, en su calidad de foráneos en el contexto de otras regiones, que en su representatividad en los mismos.

El Suroeste por su parte parece presentar frecuentemente más puntos de contacto con el Sureste peninsular que con otras regiones atlánticas, hasta el punto de haber llegado a considerarse buena parte del Valle del Guadalquivir como un espacio periférico de la cultura argárica. En cualquier caso la presencia de la metalurgia en la región hasta la llegada del Bronce Final no es ciertamente demasiado espectacular (Schubart 1975)

2. El Bronce Final.

Se ha subrayado que la transición Bronce Medio / Final constituye un período de reactivación de los contactos entre las diferentes riberas atlánticas y el Noroeste peninsular, contactos que se verán ampliados paulatinamente, aunque según avance el Bronce Final será cada vez con regiones peninsulares situadas más al sur. Sin embargo la reactivación es tan general que, aunque centrada en el Noroeste nos permite también localizar hallazgos tan al sur como la Ría de Larache, en el litoral atlántico de Marruecos, y lo que puede parecer más sorprendente, en la zona interior de Andalucía Oriental, donde podemos destacar hallazgos como el de Arroyomolinos, a los que se puede sumar el depósito de Osuna, con mezcla de piezas atlánticas y mediterráneas.

A partir de la siguiente fase, lo que convencionalmente denominamos Bronce Final II las conexiones atlánticas se generalizan en todo el Occidente peninsular, pero el volumen de hallazgos es aún visiblemente mayor en el Noroeste, especialmente si hacemos referencia al elemento guía del registro arqueológico del momento, las espadas pistiliformes. Ello no significa que no existan importantes hallazgos fuera del núcleo noroccidental, como las espadas de La Cartuja y Menjíbar, procedentes del lecho del Guadalquivir o las de Montijo en Badajoz y Evora en el Sur de Portugal, ambas en la cuenca del Guadiana.

Pero indudablemente es durante la última fase del Bronce Final (III) cuando se produce un cambio completo en el marco de los contactos e intercambios atlánticos con la

Península Ibérica. En primer lugar porque el peso de dichas relaciones parece desplazarse sensiblemente y quedar vinculado al centro de Portugal y al Suroeste, especialmente al Valle del Guadalquivir. Nuevamente recurrimos como representación general de este cambio al elemento típico del momento, las espadas en lengua de carpa. Éstas se concentran fundamentalmente en el Valle del Guadalquivir y en la zona más meridional de la Península, siendo su máximo exponente el depósito de la Ría de Huelva (Ruiz-Gálvez 1995). Ello no significa que dejen de existir en el Noroeste, pero la balanza cae abrumadoramente del lado sur-occidental.

En segundo lugar aparece un nuevo actor principal en escena. Desde el Bronce Final III los intercambios con el Mediterráneo se hacen patentes a todos los niveles, sirviendo la Península Ibérica como nexo entre dos redes que ahora se encuentran. Ello no significa que previamente los contactos no existieran. Sin remontarnos más en el tiempo, desde los ya famosos fragmentos micénicos de Montoro, todo un rosario de hallazgos o evidencias de contacto tecnológico se vienen sucediendo en la fachada mediterránea de la Península. Lo nuevo no es solamente que tales influjos alcancen claramente la zona atlántica, e incluso se proyecten en el interior, como puede apreciarse en las representaciones contenidas en las estelas del Suroeste, sino que también encontramos evidencias de ese intercambio al “otro lado”, esto es, en depósitos sardos (Lo Schiavo 1991), sículos o de la Italia Continental (Giardino 1995), e incluso tan lejos como en Chipre (Karageorghis y Lo Schiavo 1989)

Además ahora la llegada de influencias no se limita a aparecer en forma de objetos en el registro arqueológico, sino que se evidencia, al menos, la posibilidad de transformaciones en el seno de las sociedades indígenas, aunque tales cambios sean difíciles de discernir en dicho registro solamente. Es el caso de las primeras fíbulas y su más que posible asociación a cambios en modas en el vestido e incluso a la importación o fabricación de nuevos tejidos (Cáceres 1997). Es también el caso de la introducción del hierro, y tal vez del carro, y en otro ámbito de innovaciones agrícolas, etc. Pero me parece que es ante todo la segura introducción de nuevos elementos ideológicos la que marcará la diferencia definitiva entre el Suroeste y el Noroeste en el momento de la transición a la Edad del Hierro.

Pero antes que desarrollar este tema, la panorámica del Bronce Final en el Occidente peninsular no estaría clara sin una referencia explícita al papel focal del Centro de Portugal en todo este proceso (Coffyn 1983, Ruiz-Gálvez 1986). Efectivamente, las relaciones con el Mediterráneo occidental, y aún con otras zonas atlánticas durante este período parecen controladas desde el sector de la costa atlántica localizado entre el Duero y el Tajo. Ello puede parecer un contrasentido, porque la máxima concentración de elementos metálicos y aquellos prototipos más innovadores surgen en un área de pobreza minera relativa, al menos si se compara con las ricas vetas documentadas tanto al Suroeste como al Noroeste. Ciertamente la metalurgia del Bronce Final, ni por su volumen ni por su complejidad debió exigir la explotación intensiva de vastos yacimientos mineros, pero obviamente tampoco parece lógico que se centrara en los ámbitos donde la dificultad de aprovisionamiento de materias primas fuese mayor.

Probablemente la respuesta correcta está en aquellas posibilidades de análisis en las que aún no hemos empezado a profundizar, y en las que la metalurgia en sí misma, probablemente tenga un peso específico en los intercambios mucho menor de la que hasta ahora le hemos otorgado. Habría entonces que preguntarse que recursos, tanto

materias primas, como productos elaborados o incluso relaciones de trato preferente, pudo ofrecer el Centro de Portugal que aparentemente ni sus vecinos al Norte ni al Sur estaban en condiciones de mejorar. A este respecto se revela muy significativa la amplia muestra de ponderales de pequeño formato documentados por Vilaça (2003) en diversos yacimientos con niveles de Bronce Final en esta región portuguesa. Como la misma autora plantea, su escasa magnitud bien puede significar que se utilizaron para pesar materias primas de alto valor incluso en cantidades muy pequeñas, lo que claramente es difícil aplicar al metal, incluso al oro en este período.

Para finalizar este recorrido superficial por el Bronce Final del Occidente peninsular no puedo dejar de lado un aspecto del registro arqueológico que, a mí por lo menos, siempre me ha parecido sorprendente. Y éste es la composición por regiones de los hallazgos metálicos. Hemos visto a través de las espadas el peso relativo que alcanzan en cada período en cada una de las regiones consideradas. Sin embargo ahora me refiero al conjunto de la producción metalúrgica, en la cual podemos caracterizar al Noroeste como el territorio natural de las hachas de talón, que a lo largo de todo el período se hallan allí por centenares, mientras que en el Suroeste son elementos tan escasos que en el valle del Guadalquivir constituyen tipologías prácticamente desconocidas.

Naturalmente este fenómeno no es radical. En el centro de Portugal las hachas son frecuentes e incluso con tipos propios. Lo mismo sucede en la Meseta, sobre todo la septentrional, e incluso en la Extremadura española donde se aprecia ya su paulatina rarificación hacia el sur. Sin embargo en el Sur de Portugal se rarifican y en toda la actual Andalucía se cuentan escasísimos ejemplares, a menudo atípicos como los ejemplos ya citados de Arroyomolinos u Osuna.

En cambio las espadas y otras armas (lanzas, puñales, regatones), aun sin contar con el importantísimo hallazgo de la Ría de Huelva, constituyen el núcleo de la evidencia meridional y parecen rarificarse hacia el Norte. Además los contextos de aparición son reiterativos: hallazgos en las aguas a menudo asociados a vados de los ríos y desembocaduras de los mismos. La explicación de esta contradicción aparente del registro arqueológico, única en mi conocimiento entre todas las regiones atlánticas, es una de las grandes incógnitas que aún guarda el Bronce Atlántico peninsular.

3. De cara al Tránsito.

El Suroeste entre el Atlántico y el Mediterráneo.

Profundizando en la caracterización regional de la Península Ibérica durante el Bronce Final podremos argumentar con facilidad que son los contactos mediterráneos a los que ya se ha hecho referencia, el factor clave para comprender todos los fenómenos que se producirán posteriormente, y en especial los relativos a la colonización fenicia de Occidente. E indudablemente hay mucha razón en dicho planteamiento. Sin embargo sería demasiado simplista resumir todo el proceso a los contactos que hoy agrupamos bajo la rúbrica de “precoloniales” y marginar otros aspectos de la evolución interna de las sociedades indígenas al papel pasivo de receptores de avances culturales, materiales o de conocimiento.

Hasta ahora hemos reflejado la existencia de manifestaciones peculiares del Bronce Atlántico en tierras del Suroeste (ausencia de hachas, sobreabundancia de hallazgos en las aguas), pero hemos hablado poco de lo que ello pueda representar. Para ello no nos queda otro remedio que recurrir a las manidas representaciones en las estelas de guerrero o del Suroeste, cuyas representaciones enriquecen, casi en la misma medida que la complican, la información proporcionada por los materiales arqueológicos más convencionales.

Las estelas proporcionan una lectura visual, cuando menos de las aspiraciones sociales de las elites del Bronce Final. Pero hacer esta ecuación tan simple puede llevar, y de hecho ha llevado a lo largo de la historia de la investigación, a no pocas conclusiones apresuradas sobre la representatividad de estos monumentos. Porque para hacerse una idea clara de la situación hay que precisar, primero, su situación marginal respecto a los principales focos quizás no de producción minera, pero sí de actividad metalúrgica, situados en las inmediaciones de las costas, y segundo, no suponerles sin más criterio que la tradición, una finalidad como elementos funerarios marcadores de tumbas, en su doble naturaleza de estelas de guerrero y estelas diademadas, y por ello considerar sus representaciones como ajuares grabados en piedra y susceptibles de ser tratados como conjuntos cerrados para establecer conclusiones crono-culturales irrefutables.

No. Las estelas son un fenómeno complejo en el que por encima de las representaciones de objetos de raigambre mediterránea como carros, espejos, fíbulas, peines, etc., o atlánticos en forma de panoplia armamentística, está la correcta interpretación del concepto que para los indígenas tendrían esos objetos y su representación, como un todo significativo.

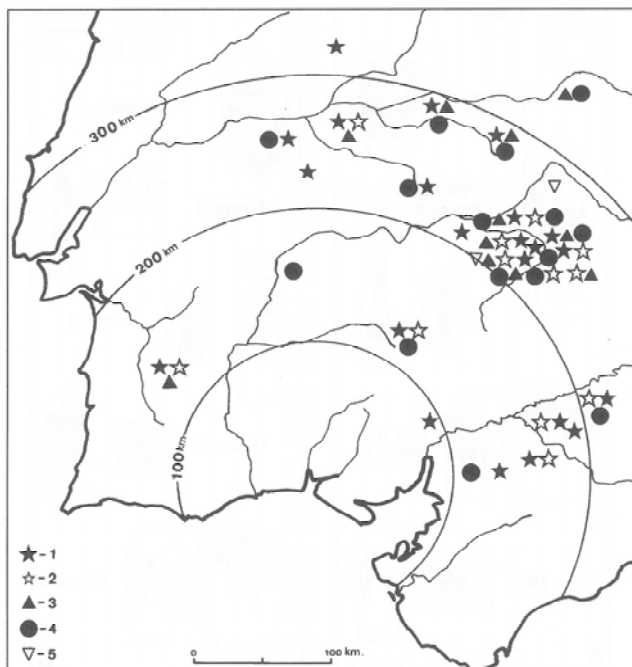


Figura 1. Objetos de tipología mediterránea representados en las estelas del Suroeste (carros, espejos, peines, fíbulas, lirras) en relación con la distancia a la costa.

Para ser consecuentes, debemos primero tener en cuenta la inexistencia de muchos de los objetos representados en el registro arqueológico de la región, y en segundo lugar ese carácter marginal de los monumentos que hace que los objetos mediterráneos sean más frecuentes en los puntos más lejanos de la costa. Otros muchos argumentos se podrían añadir en relación con este fenómeno, pero quedémonos por ahora con el carácter simbólico y no necesariamente real de las representaciones. Insisto, las estelas representan el anhelo social de las elites, no necesariamente su realidad cotidiana (Galán 1993)

Pero además debemos ver las estelas no sólo como monumentos individuales, sino también en algunos casos con

representaciones colectivas o de escenas. No voy a sacar otra vez a colación la siempre citada estela de Ategua, por otra parte una de las más atípicas de toda la serie. Sin embargo me parece oportuno que se entienda mi planteamiento con un ejemplo.

La estela llamada de El Viso III no presenta a un personaje, masculino o femenino, rodeado de objetos que simbolizen su status. Por el contrario representa a tres personajes alineados que parecen componer una escena. El personaje central tiene las características de una estela diademada, un personaje posiblemente femenino. A ambos lados sendos guerreros enfrentados con su espada al cinto, lo que corresponde a la iconografía dominante en la región donde se halló la estela, el Valle del Zújar. La panoplia de estos guerreros se completa con el típico escudo redondo de círculos concéntricos, sólo que en el situado al lado izquierdo de la composición el escudo está casi sobre el personaje, mientras en el del lado derecho se sitúa casi bajo él. Todo ello crea un ritmo diagonal en la composición, a lo que hay que sumar la somera representación de los pies de los personajes que crean el efecto de que el personaje de la izquierda y el que ocupa el centro de la representación se dirigen hacia el personaje de la derecha, cuyos pies están en la dirección opuesta.

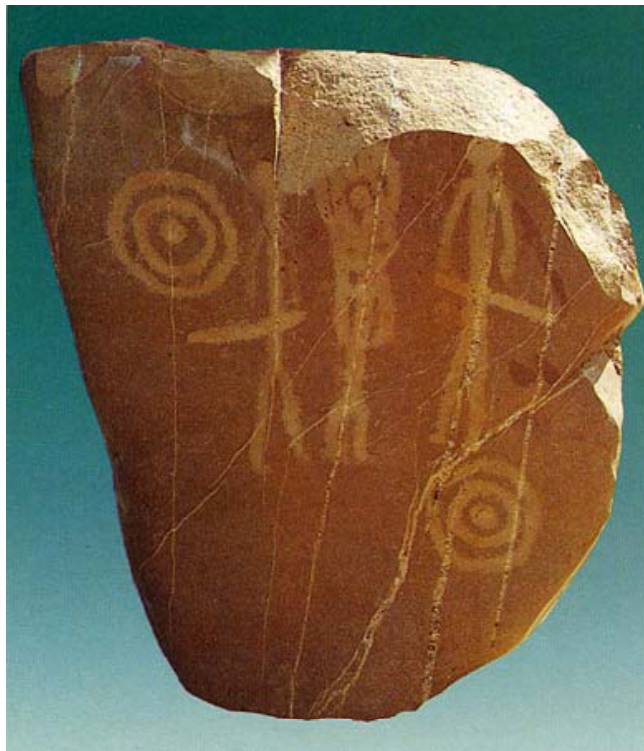


Figura 2. La estela de El Viso III.

¿Qué significa esta composición?. Yo planteo aquí una propuesta, valiéndome de un paralelo iconográfico mucho más moderno, como es el conocido cuadro de Rubens que representa el Desembarco de María de Medicis en Marsella, y que puede contemplarse en el Museo del Louvre. En dicha obra, llena de elementos alegóricos, la futura Reina de Francia desciende por la pasarela del barco que la trae de su país para casarse. Arriba se puede ver el blasón de su casa natal en la popa del barco, mientras se dirige a un personaje que se inclina frente a ella cubierto con un manto de flores de lis sobre fondo azul, es decir, la heráldica de la casa real francesa, su nueva familia. Para añadir más

paralelos a nuestra composición, la escena se desarrolla a medio camino entre el barco y el muelle, en la “tierra de nadie” de la pasarela, al igual que los desposorios reales de princesas de la edad moderna se realizaban físicamente sobre los ríos fronterizos entre las naciones, construyendo pabellones en islas o sobre vados del curso fluvial. La idea del espacio liminar está presente en todos los casos, como las propias estelas situadas a menudo en espacios fronterizos entre grupos socio-políticos (Galán 1993: 39-42)

Esta pequeña digresión tiene por objeto ilustrar la complejidad que pueden alcanzar monumentos tan aparentemente toscos como las estelas, a la vez que hacer patente su carácter indígena, vinculado a la existencia de grupos sociales organizados y claramente ya jerarquizados, en los que los intercambios forman parte de su juego social y en el que la metalurgia juega un papel en la demarcación del status. Y precisamente los elementos metálicos que parecen mostrarse en esta estela son los que aparecen en el registro arqueológico de la región: armas de bronce y joyas de oro. Por cierto, que este es otro de los aspectos más originales del patrón de deposición de la metalurgia del Bronce Final en al Península Ibérica: bronce y oro prácticamente nunca se asocian en depósitos ni conjuntos cerrados. El Tesoro de Berzocana es la excepción, pero aquí el cuenco de bronce es un elemento exótico, una pieza única en el conjunto de los materiales de bronce documentados en esta época en la Península, y esta originalidad en su deposición es una muestra más de su valoración como tal. Sin embargo en otros muchos casos el bronce y el oro conviven en el mismo espacio, pero no se mezclan, como bien ilustran los hallazgos del Castro de Nossa Senhora da Guia de Baiões.

Lo que sí constituyen las estelas es un reflejo de la influencia ejercida por el Mediterráneo en las concepciones ideológicas de las sociedades indígenas, aproximándolas al pensamiento heroico que se está desarrollando en el Oriente Mediterráneo y el Egeo durante la Primera Edad del Hierro, coincidente con nuestro Bronce Final. Otra cosa es la presunción de que dicha influencia fuera capaz de transformar las sociedades indígenas hasta el punto de que dicha absorción se volviera acrítica y sustituyese completamente a sus equivalentes locales. En este punto, desde luego, no estoy tan de acuerdo.

Por tanto, un punto crucial del proyecto que desarrollamos consiste en situar en su justo punto la incidencia que los cambios tecnológicos, inducidos por el contacto con el ámbito mediterráneo pudieron suponer de hecho en el seno de la sociedad indígena, y si eso la preparó suficientemente y con antelación para las alteraciones que sobrevendrían como consecuencia del inicio de las colonizaciones. Y aún más, si las propias colonizaciones fueron una decisión exclusiva de los colonizadores o una respuesta de estos al nivel social y tecnológico alcanzado por los indígenas y plasmado en su propio interés por adquirir y asimilar novedades en el marco de sus intercambios con el Mediterráneo Occidental.

El Noroeste: ¿un espacio en recesión a fines de la Edad del Bronce?

El desplazamiento hacia el Sur de las rutas comerciales y de intercambio, y el paulatino ascenso del peso específico de las relaciones con el Mediterráneo en detrimento de la red atlántica tradicional, supusieron sin duda la marginalización del Noroeste peninsular durante este período. Es difícil en el estado de nuestros conocimientos postular si este fenómeno tuvo o no una repercusión directa en la producción metalúrgica local. Lo que si es cierto es que se aprecia claramente la

reducción de material significativo de esta fase, como puede verse en los elementos dragados en la desembocadura del río Ulla, donde a los estoques del Bronce Final I suceden espadas pistiliformes y a éstas... un ejemplar del tipo Ronda-Sa Idda, datado ya en la transición Bronce Final – Hierro (Meijide 1988: 78-79). En cualquier caso, y además del albur de los hallazgos de esta naturaleza, ello no implica la desaparición total de piezas en lengua de carpa en el Noroeste.

La metalurgia de este momento en la región sigue dominada por la producción de hachas de talón... y poco más, habida cuenta la discutida posición cronológica de muchos calderos y el relativamente pequeño peso cuantitativo de las armas, en general puntas de lanza.

A este respecto la situación de alternancia entre regiones primadas dentro del comercio atlántico en cada región europea no es en absoluto nueva. La encontramos en el Sur de Inglaterra entre el valle del Támesis y Wessex (Thomas 1989), y en las costas de la Bretaña francesa entre la desembocadura del Loira y las costas armoricanas (Briard 1965). Y la encontraremos de nuevo en la Península en la transición del Bronce al Hierro con el resurgir del Noroeste.

4. Ritmos de asimilación e índices de resistencia.

Una de las novedades más importantes producidas en los últimos años tiene que ver con la documentación de la presencia estable de los fenicios en buena parte de la costa atlántica portuguesa, con una cronología alta que en nada desmerece en algunos casos los de los asentamientos en la costa andaluza (Arruda 2002). Esta nueva situación refuerza la impresión de un interés marcado por parte de los fenicios de captar las redes de intercambio indígenas en sus orígenes, y plantea además la existencia de contactos directos con bastantes más entidades indígenas que Tartessos. Aparte de ello permite replantear la importancia de algunas rutas terrestres en el comercio orientalizante. Pero hay que traer a colación este avance fenicio por la costa atlántica, por cuanto permite suponer, con una razonable seguridad, que ello supuso el inicio de contactos directos con el Noroeste peninsular y sus producciones características en la transición Bronce - Hierro. Desde Figueira da Foz los mercaderes fenicios se encontraban a las mismas puertas del Noroeste.

Paralelamente a la instalación fenicia en las costas peninsulares y en buena parte del Mediterráneo Occidental, puede apreciarse el comienzo del ocaso de la estrella del Centro de Portugal como el gran núcleo meridional de las redes de comercio atlántico. El foco de producción se desplaza de nuevo hacia el Norte, mientras la presencia fenicia se hace patente en el Suroeste, y el centro de Portugal y buena parte de su hinterland interior se apagan progresivamente en el escenario global.

No quiero con ello decir que se produzca un colapso social, simplemente que la pérdida de la primacía en la red de intercambios parece suponer la pérdida de iniciativa como foco de producción e innovación metalúrgica. Indudablemente ello tendrá reflejo en el poblamiento y en la estructura social. Ello se detecta en zonas vinculadas durante el Bronce Final con esa región como la Alta Extremadura española, donde como reflejo de la nueva situación los poblados comienzan a fortificarse, incluso cuando se asientan sobre los mismos lugares antes ocupados durante la fase anterior, a la vez que los objetos metálicos descubiertos en ellos se vuelven cada vez más escasos y poco representativos

tipológicamente, con la excepción de los poblados que se orientalizan por contacto con el foco tartésico (Martín Bravo 1999: 99-126)

Es un fenómeno llamativo este desenganche de la zona centroportuguesa del proceso orientalizador en sus etapas iniciales, a pesar de su protagonismo en los primeros contactos frecuentes entre el Atlántico y el Mediterráneo, y de la cercanía de los colonizadores fenicios. Quizás haya que pensar que la vinculación geográfica con el Noroeste tuvo más peso que las relaciones de intercambio establecidas con el Suroeste y el Mediterráneo Occidental ante la nueva situación, o quizás nuestra percepción actual esté sesgada por un conocimiento más profundo de lo que sucede en las tierras del interior que en la zona litoral, donde las excavaciones son antiguas y poco significativas, y que aportan datos fragmentarios y hallazgos espectaculares, pero aislados.

Centrándonos ahora en el Suroeste peninsular nos encontraremos con otra situación diferente. La metalurgia atlántica parece desaparecer casi de golpe. Es cierto que ya hemos visto lo numéricamente reducido de dicha metalurgia en la región, sobre todo en el Valle del Guadalquivir, a pesar de hallazgos sin parangón como el depósito de la Ría de Huelva, y su concentración en forma de ofrendas acuáticas.

Es cierto que durante la transición al Hierro datamos un último modelo de espadas (Ronda-Sa Idda) que llegarán a ser incluso imitadas en hierro. Sin embargo la transformación del registro arqueológico es prácticamente total y las huellas de las formas de producción y de organización del Bronce Final parecen desvanecerse sin casi dejar rastro en muy poco tiempo, quizás poco más de una generación, aunque esto sea todavía muy difícil de calibrar.

Por el contrario el Noroeste vive en esta transición a la Edad del Hierro el último período de esplendor de la metalurgia atlántica en la Península, al menos por el volumen de lo producido, ya que no por la variedad ni por la cantidad. Los hallazgos se reducen a ingentes cantidades de hachas de talón de tipos variados pero casi uniformemente inútiles para cualquier función práctica, sea por su forma, falta de acabado o fundamentalmente por su composición sobrecargada abusivamente de plomo (Monteagudo 1977). Por el contrario los elementos suntuarios se vuelven escasos y parecen evolucionar hacia tipologías locales, como los puñales de antenas.

El estudio de uno de estos grupos tipológicos de hachas del Noroeste, aquellas que conservan el cono de fundición (Galán e.p.), permite comprobar como esta producción se orienta masivamente hacia la creación de grandes depósitos en las cercanías de la costa entre las desembocaduras del Duero y del Miño, surtiéndose de una amplia variedad de fuentes que abarcan desde el occidente asturiano al interior de la Beira pasando por Tras-os Montes.

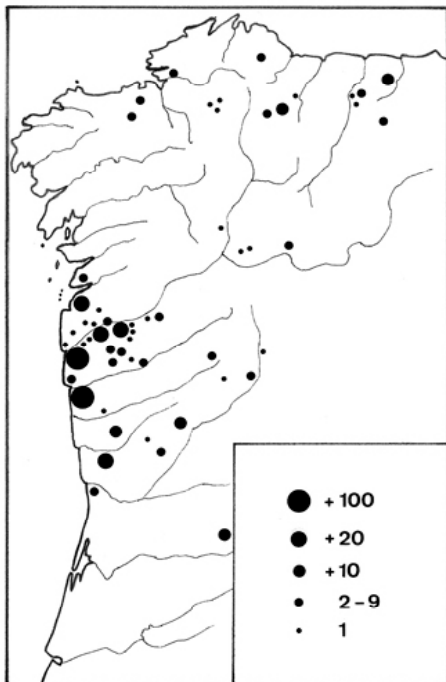


Figura 3. Dispersión cuantificada de las hachas de talón con cono de fundición en el Noroeste de la Península Ibérica.

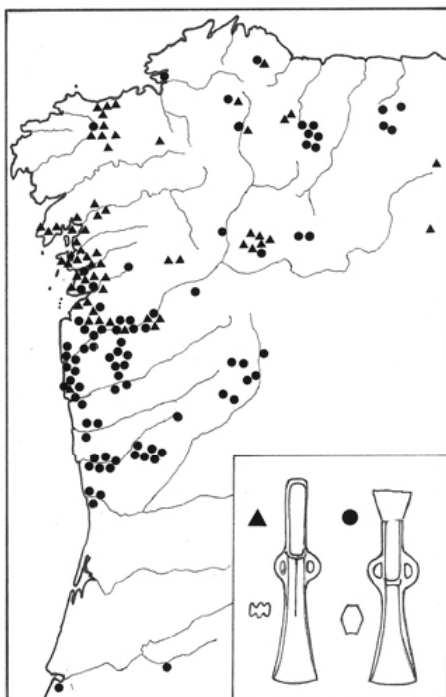


Figura 4. Dispersión comparada de las hachas de talón con cono de fundición y de tipo Samieira en el Noroeste de la Península Ibérica.

Estas producciones se complementan con las denominadas de tipo “Samieira”, con similar reparto proporcional entre la costa y el interior, pero centradas en la zona costera al norte del río Miño a lo largo de las rías que hoy corresponden a la provincia de Pontevedra. Es tentador ver en esta distribución la actividad de dos unidades socio-políticas “rivales” cuyas producciones compiten por el nuevo mercado creado por la demanda de los mercaderes fenicios. Sobre todo, habida cuenta que los elementos foráneos detectables en la región en este momento tienen en común un claro signo meridional: espada Ronda - Sa Idda del río Ulla, cerámica pintada tipo Carambolo de As Torres de Padín y los primeros objetos de hierro como los de Torroso y São Juliao.

No deja de resultar significativo que, además, estas hachas plumadas del Noroeste se comporten como producciones normalizadas, incluso en su peso que parece responder a un patrón mediterráneo, ya documentado durante el Bronce Final en otras regiones peninsulares y del Mediterráneo Occidental. Y más significativo aún resulta la coincidencia en el tiempo con el fenómeno de los inmensos depósitos de hachas de cubo armoricanas, en las características de la producción metalúrgica (fuertemente plumadas, sin utilidad práctica) y en la estandarización de tipos y pesos, que ha permitido a autores como Briard (1987) calificarlos como posibles paleomonedas.

Después de este episodio esta metalurgia de la Edad del Bronce desaparece definitivamente en la Península Ibérica y en buena medida la secuencia cultural del Noroeste se oscurece hasta bien avanzada la Edad del Hierro.

5. Ante la Edad del Hierro.

Nuestra idea al abordar este trabajo era señalar las diferencias que a distintos niveles y en diferentes momentos hasta la transición a la Edad del Hierro, manifiestan los dos principales espacios asociados a la metalurgia de la Edad del Bronce en ambos extremos de la fachada atlántica. Dichas diferencias, es mi creencia, ayudan a explicar no pocos de los fenómenos

asociados a la llegada de la Edad del Hierro y al comportamiento que cada región tiene en ese momento.

El objetivo del proyecto en que se inscribe este Seminario es el análisis tecnológico de esta transformación, pero sin dejar de lado que la tecnología no puede verse un elemento aislado de la sociedad en la que desarrolla, y que por tanto son factores ante todo sociales, incluyendo entre éstos los políticos y económicos, los que determinan si, también en el ámbito tecnológico, se es conservador o se aventura uno por caminos nuevos. En definitiva, la respuesta de la sociedad ante el cambio tecnológico depende de su ideología, y esta se constituye de una forma compleja que imbrica a todos los demás aspectos de la vida social (Eagleton 1997)

Así podemos apreciar que la diferente actitud del Suroeste y el Noroeste ante los cambios que se producen como consecuencia de la disolución de las redes de intercambio atlánticas se basa en su trayectoria anterior, que si bien no determina, sí que claramente condiciona su capacidad de respuesta ante esos cambios.

El Suroeste hacia la orientalización.

Hemos visto como los contactos del Suroeste y del Centro de Portugal con el mundo mediterráneo les pusieron en relación con una concepción diferente del mundo, y como los testimonios iconográficos representados por las estelas del Suroeste reflejan ese impacto. También como dicho impacto resulta difícil de calibrar atendiendo sólo a ese registro, pero que sin embargo la llegada y asentamiento de los colonizadores fenicios supuso una rápida sustitución, al menos en el registro material, de los elementos de referencia que hasta ese momento habían sido las espadas y armas de tipología atlántica por formas totalmente diferentes de objetos en bronce, oro, marfil, piedra, etc. (Fig. 5)

Debemos concluir, por tanto, que el fermento del cambio producido por las navegaciones precoloniales, bien entendido que en ambos sentidos, pudo ser más profundo de lo que el registro en forma de asentamientos, enterramientos y cultura material, parece mostrarnos (Almagro Gorbea 1996)

El Noroeste hacia el aislamiento.

En cambio el Noroeste peninsular, sin que podamos afirmar que acumulase ningún retraso tecnológico importante hasta el final de la Edad del Bronce, se mantuvo mucho más separado de la corriente de intercambios con el Mediterráneo, no sólo de los objetos, sino también de las ideas y conocimientos asociados a ellos que el Suroeste pudo acumular por esa vía.

Llegado el momento de la instalación fenicia, y aunque los asentamientos semitas llegasen casi hasta su puerta y mantuviesen con el mundo meridional relaciones de intercambio, parece claro que como conjunto la sociedad del Noroeste no integró entre sus valores sino una porción muy pequeña de lo que en ese mismo período se estaba asimilando en el Suroeste. Curiosamente buena parte del Centro de Portugal parece haber seguido esta misma vía de aislamiento respecto a la influencia colonial que el Noroeste. En cualquier caso hay que señalar como se produce solamente una absorción controlada de impulsos foráneos, que en ningún momento parece haber dado lugar de forma directa a transformaciones radicales en el registro arqueológico de la región.

En este mismo sentido debemos entender en buena medida la orfebrería de la Edad del Hierro en el Noroeste, donde algunos elementos de trabajo de las piezas y de diseño pueden reclamar con justicia paralelos “orientalizantes”, pero cuya naturaleza y patrones de deposición no se alejan sustancialmente de los que tuvieron las piezas de orfebrería de la Edad del Bronce.

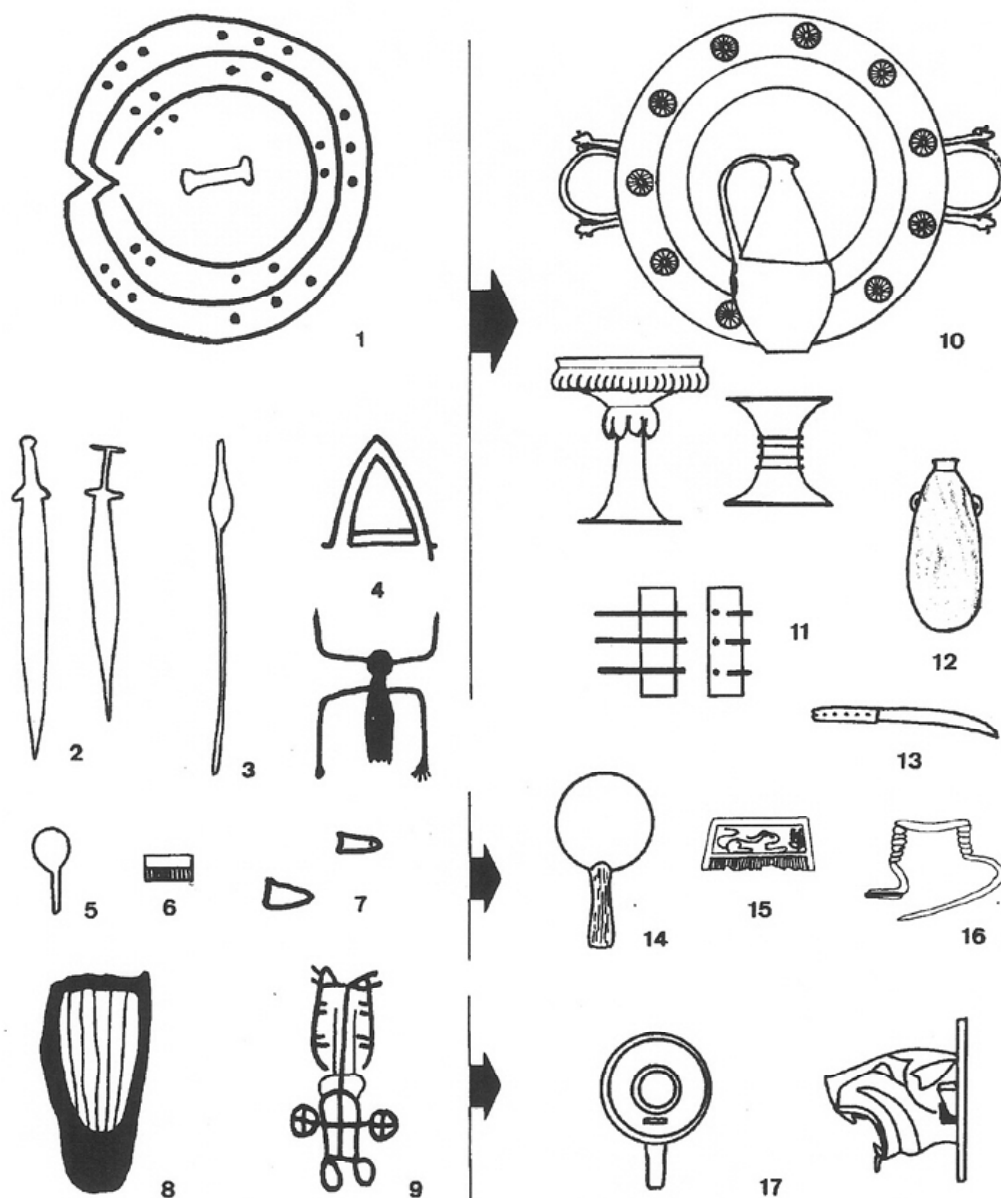


Figura 5. Sustitución de emblemas de poder entre el Bronce Final y el Período Orientalizante en el Suroeste peninsular.

Bibliografía.

ALMAGRO GORBEA, M. 1996: *Ideología y poder en Tartessos*. Real Academia de la Historia, Madrid.

ARRUDA, A. M. 2002: *Los fenicios en Portugal : fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal (siglos VIII-VI a.C.)*. Universitat Pompeu Fabra, Barcelona (*Cuadernos de Arqueología Mediterránea* 5-6)

BRADLEY, R. 2000: *An archaeology of natural places*. Routledge, Londres.

BRIARD, J. 1965: *Les dépôts bretons et l'Age du Bronze Atlantique*. Rennes.

- 1987 : "Dépôts de bronze, haches à douille, pré-monnaie et fausse monnaie". En *Mélanges offerts au Docteur J.-B. Colbert de Beaulieu*. Le Leopard d'Or, Paris : 133-143.

CÁCERES GUTIERREZ, Y. E. 1997 : "Cerámicas y tejidos: Sobre el significado de la decoración geométrica del Bronce Final en la Península Ibérica". *Complutum* 8: 125-140.

COFFYN, A. 1983 : "La fin de l'Age du Bronze dans le Centre de Portugal". *O Arqueólogo Português* 1, Serie IV : 169-196.

- 1985 : *Le Bronze Final Atlantique dans la Peninsule Iberique*. Editions De Boccard, Paris.

EAGLETON, T. 1997 : *Ideología. Una introducción*. Paidós, Barcelona.

GALÁN, E. 1993: *Estelas, Paisaje y Territorio en el Bronce Final de la Península Ibérica*. Editorial Complutense, Madrid. (*Complutum Extra* 3)

- 2000: "Las estelas del Suroeste, entre el Atlántico y el Mediterráneo". En M.E. Aubet y M. Barthélemy (eds.) *IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos* (Cádiz, 1995). Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz, Cádiz: 1789-1797.

- En prensa: "Evolución, adaptación y resistencia. En torno a las formas de intercambio de las comunidades atlánticas en contacto con el mundo orientalizador". *Actas del I Congreso de Protohistoria Peninsular. El Período Orientalizador* (Mérida, 2003)

GIARDINO, C. 1995: *Il Mediterraneo Occidentale fra XIV ed VIII secolo a. C.: cerchie minerarie e metallurgiche*. Tempus Reparatum, Oxford. (*B.A.R. International Series* 612)

KARAGEORGHIS, V. Y LO SCHIAVO, F. 1989: "A west mediterranean obelisk from Amathus". *Rivista di Studi Fenici* 17: 15-29.

LO SCHIAVO, F. 1991: "La Sardaigne et ses relations avec le Bronze Final Atlantique". En Ch. Chevillot y A.Coffyn (eds.) *L'Age du Bronze Atlantique*. Beynac: 213-226.

MARTÍN BRAVO, A.M^a. 1999: *Los orígenes de Lusitania : el I milenio a.C. en la Alta Extremadura*. Real Academia de la Historia, Madrid. (*Bibliotheca Archaeologica Hispana*, 2)

MEIJIDE CAMESELLE, G., 1988: *Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica*. Universidade de Santiago de Compostela. (Arqueohistórica 1)

MONTEAGUDO, L. 1977: *Die Beile auf der Iberischen Halbinsel*. Beck, Munich. (Prähistorische Bronzefunde IX,6)

PAVÓN SOLDEVILA, I. 1998: *El tránsito del II al I milenio a. C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Extremadura, Cáceres.

RUIZ-GÁLVEZ PRIEGO, M., 1984: *La Península Ibérica y sus Relaciones con el círculo cultural atlántico*. Universidad Complutense, Madrid.

- 1986: "Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce". *Trabajos de Prehistoria* 43: 9-42.

- (ed.) 1995: *Ritos de paso y Puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*. Editorial Complutense, Madrid. (Complutum Extra 5)

SCHUBART, H. 1975: *Die Kultur der Bronzezeit im Südwesten der iberischen Halbinsel*. De Gruyter, Berlín. (Madrider Forschungen, 9)

THOMAS, R. 1989: "The Bronze-Iron transition in Southern England". En M.L. Stig Sorensen y J. Thomas (eds.) *The Bronze Age / Iron Age transition in Europe*. Tmpus Reparatum, Oxford. (B.A.R. International Series 483): 263-286.

VILAÇA, R. 1995: *Aspectos do Povoamento da Beira Interior (Centro e Sul) nos finais da idade do bronze*. IPPAAR, Lisboa. (Trabalhos de Arqueologia, 9)

- 2003: "Acerca da existencia de ponderais em contextos do Bronce Final / Ferro Inicial no territorio português". *O Arqueólogo Português* 21, Série IV: 245-288.